



Uno

Soy consciente de que la mayoría de las personas en esta sala están casi muertas, incluso yo. Una fuente confiable me informó que la depresión después de la Navidad es algo completamente normal y que deberíamos esperar sentirnos algo cansados luego del momento más “feliz” del año. Aunque, a decir verdad, no me siento muy distinta a cómo me sentía en Nochebuena ni en la Navidad misma, ni en cualquier otro día de la época navideña. Ya estoy de regreso y es otro año más. Nada va a cambiar.

Me quedo ahí parada. Becky y yo nos miramos.

–Tori –dice–, te ves un poco como si quisieras matarte.

Ella y el resto de nuestro grupo se encuentran desperdigados sobre una serie de sillas giratorias junto a los escritorios de la sala de estudio. Como es el primer día, la mayoría se ha arreglado más de lo normal, por lo que de inmediato me empiezo a sentir fuera de lugar.

Me desplomo sobre una silla y asiento filosóficamente.

–Es gracioso porque es verdad.

Me mira un poco más, no con mucha atención, y reímos por algo

que no fue gracioso. Se da cuenta de que no tengo ganas de hacer nada y se va. Apoyo la cabeza sobre mis brazos y me quedo medio dormida.

Mi nombre es Victoria Spring. Creo que debería aclararte que invento muchas cosas en mi cabeza y después me deprimó por eso. Me gusta dormir y leer blogs. Y algún día me voy a morir.

Rebecca Allen quizás sea mi única amiga real en este momento. También, quizás, sea mi mejor amiga. Pero todavía no estoy segura de si esas dos cosas están relacionadas. No importa, Becky Allen tiene cabello largo y violeta. Noté que, si tienes el cabello violeta, la gente te mira bastante y te vuelves muy reconocible, incluso una figura popular entre el resto de los adolescentes, esa clase de persona que todos dicen conocer, aunque probablemente nunca hayan intercambiado ni una sola palabra contigo. Tiene muchos seguidores en Instagram.

Ahora, Becky está hablando con otra chica del grupo, Evelyn Foley. A Evelyn la consideran “alternativa” porque casi siempre está despeinada y usa collares extravagantes.

–La verdadera pregunta –dice Evelyn–, es si hay tensión sexual entre Harry y Malfoy.

No estoy segura de que a Becky le agrade genuinamente Evelyn. A veces creo que la gente solo aparenta caerse bien.

–Solo en los *fanfics*, Evelyn –le responde Becky–. Por favor, deja tus fantasías en tu historial de búsquedas.

Evelyn ríe.

–Solo digo. Malfoy ayuda a Harry al final, ¿verdad? Entonces, ¿por qué lo molesta durante siete años? Le gusta en secreto. –Con cada palabra, junta las manos como si estuviera aplaudiendo. La verdad es que no la ayuda en nada para enfatizar su punto–. Es un hecho bastante establecido que la gente molesta a las personas que le gustan. La psicología es indiscutible.

–Evelyn –acota Becky–. Primero, detesto tu idea infantil de que

Draco Malfoy es una especie de alma hermosa conflictuada que busca redención y entendimiento. En el fondo es un racista empedernido. Segundo, acosar a alguien porque te gusta es básicamente un argumento para justificar la violencia doméstica.

Evelyn parece estar profundamente ofendida.

–Es solo un libro. No la vida real.

Becky suspira y voltea hacia mí, al igual que Evelyn. Supongo que me están presionando para que aporte algo.

–Harry Potter me parece un poco una mierda, para ser honesta –digo–. Espero que podamos seguir adelante después de esto.

Becky y Evelyn simplemente me miran. Intuyo que arruiné el momento, así que invento algo y me levanto de la silla para marcharme a toda prisa de la sala. A veces, odio a la gente. Supongo que no le hace bien a mi salud mental.



En nuestra ciudad hay dos secundarias: *Harvey Greene Grammar School* para chicas, o “Higgs”, como la conocen todos, y *Truham Grammar School* para chicos. Sin embargo, ambas escuelas aceptan todos los géneros a partir de los años 12° y 13°, los dos últimos años de secundaria conocidos como 6° año en todo el país. Entonces, ahora que estoy en 12° tengo que enfrentarme a una afluencia repentina de varones. Los chicos en Higgs son como criaturas mitológicas, y tener un novio *real* te coloca en la cima de la jerarquía social, aunque, en lo personal, pensar o hablar mucho sobre chicos me hace querer volarme la cabeza.

Incluso si me importaran esas cosas, no podría lucirme mucho, gracias a nuestros increíbles uniformes escolares. Por lo general, los estudiantes de secundaria no usan uniforme, pero en Higgs nos obligan a usar uno horrible. Es casi todo gris, aunque es adecuado para un lugar tan aburrido.

Llego a mi casillero y me encuentro con una nota rosa pegada en la puerta. Alguien dibujó una flecha que apunta hacia la izquierda, lo que sugiere que, quizás, deba mirar en esa dirección. Irritada, volteo hacia la izquierda. Hay más notas en otros casilleros cercanos. Y otra en la pared al final del corredor. La gente pasa caminando por el lado y las ignora por completo. Supongo que nadie sabe mirar. Eso o no les importa. Los entiendo.

Arranco la nota de mi casillero y me acerco a la siguiente.



A veces me gusta ocupar mi tiempo con cosas que al resto no le importan. Me hace sentir como si estuviera haciendo algo importante, en especial porque nadie más lo hace.

Esta es una de esas.

Las notas empiezan a aparecer por todos lados.

La penúltima tiene una flecha que apunta hacia adelante, directo hacia una sala de computación cerrada en el primer piso. Una cortina negra cubre la ventana de la puerta. Esta sala en particular, la C16, estuvo cerrada el año pasado por refacciones, pero nadie parece molestarse en empezárlas. Me deprime un poco, a decir verdad, pero de todos modos abro la puerta de la C16, entro y la cierro a mis espaldas.

Hay una ventana grande que se extiende por toda la pared del fondo y las computadoras parecen ladrillos. Cubos sólidos. Siento que viajé en el tiempo a los años noventa.

Encuentro la última nota en la pared del fondo y veo que tiene una página de Internet:

SOLITARIO.CO.UK

El solitario es un juego de cartas para un solo jugador. Lo jugaba mucho en mis clases de informática y, probablemente, hacía más por mi inteligencia que prestarle atención a la clase.

En ese momento, alguien abre la puerta.

–Dios, la edad de estas computadoras tiene que ser un *delito*.

Volteo lentamente.

Hay un chico parado frente a la puerta cerrada.

–Hasta puedo escuchar la sinfonía de estática tenebrosa que hacían cuando se conectaban a internet –dice, mirando en todas direcciones, hasta que al fin luego de varios largos segundos se da cuenta de que no es la única persona en la sala.

Es un tipo bastante regular, ni muy atractivo ni muy feo, solo un chico común y corriente. Lo más notorio son sus inmensas gafas cuadradas de marco grueso que lo hacen ver como si estuviera usando anteojos 3D. Es alto y tiene el cabello peinado hacia un costado. En una mano tiene una taza y en la otra un trozo de papel y su agenda.

Mientras estudia mi cara, sus ojos se abren como si estuvieran a punto de salirse de sus cuencas, y juro que se ponen hasta casi el doble de su tamaño. Salta hacia mí como un león al acecho, lo suficientemente feroz como para hacerme tropezar hacia atrás por miedo a que me aplaste por completo. Se inclina hacia delante hasta que su rostro queda a solo centímetros del mío. A través de mi reflejo en sus gafas ridículamente grandes noto que tiene un ojo azul y otro verde. Heterocromía.

Esboza una sonrisa violenta.

–¡Victoria Spring! –grita, levantando los brazos por el aire. No digo ni hago nada. Me empieza a doler la cabeza–. Eres Victoria Spring –agrega, levantando el trozo de papel hacia mi cara. Es una fotografía. Mía. Debajo dice en letras pequeñas: Victoria Spring, 11A. Estaba exhibida cerca de la sala de profesores. En el 11° año, fui delegada de mi

clase, principalmente porque nadie más quería serlo, así que me ofrecí como voluntaria. Todos los delegados tenían su respectiva foto. La mía es horrible. Fue justo antes de que me cortara el pelo, así que me veía como la chica de *La Llamada*. Es como si no tuviera cara.

Miro su ojo azul.

–¿Arrancaste eso de la cartelera?

Da un paso hacia atrás, retirándose un poco en su invasión de mi espacio personal. Tiene una sonrisa efusiva en su rostro.

–Estaba ayudando a alguien a encontrarte. –Se da algunos golpe-citos con la agenda en la barbilla–. Un tipo rubio... pantalones ajustados... camina como si no supiera dónde está...

No conozco a *ningún* chico y mucho menos a uno rubio que use pantalones ajustados.

Me encojo de hombros.

–¿Cómo sabías que estaba aquí?

Se encogió de hombros.

–No lo sabía. Vine porque había una flecha en la puerta. Me pareció bastante misterioso. ¡Y aquí estás! ¡Qué increíbles las vueltas de la vida! –Bebe un sorbo de su bebida–. Ya te vi antes –agrega, aún sonriendo.

Lo miro con los ojos entrecerrados. De seguro me lo crucé en algún momento en el corredor. Es imposible olvidar esas gafas horribles.

–No lo recuerdo.

–No me sorprende –dice–. Estoy en el 13° año, no ando mucho por aquí. Además, acabo de entrar a esta escuela en septiembre. Hice el 12° en Truham. –Eso lo explica. Cuatro meses no son suficientes para que recuerde una cara–. Entonces –agrega, golpeando su taza–. ¿Qué hacías *aquí*?

Me hago a un lado y señalo la nota en la pared sin mucho entusiasmo. Se acerca y la arranca.

–Solitario.co.uk. Interesante. Bueno, supongo que podríamos

encender una de estas computadoras y ver qué es, aunque de seguro estaremos muertos cuando Internet Explorer termine de cargar. Te apuesto lo que sea a que tienen Windows 95.

Se sienta en una de las sillas giratorias y se queda mirando el paisaje suburbano por la ventana. Todo está iluminado como si estuviera en llamas. Se puede ver toda la ciudad y una parte del campo. Me ve mirando por la ventana.

–Es como si te pidiera salir, ¿verdad? –dice y suspira–. Esta mañana cuando estaba viniendo, vi a un anciano en la parada del autobús. Estaba sentado con sus auriculares moviendo los dedos sobre su rodilla y mirando al cielo. ¿Qué tan seguido ves algo así? Un viejo con auriculares. Me pregunto qué estaría escuchando. Uno pensaría que música clásica, pero podría ser cualquier cosa. Me pregunto si era música triste. –Levanta los pies y los cruza sobre la mesa–. Espero que no.

–La música triste no tiene nada de malo –digo–, con moderación.

Gira hacia mí y se acomoda la corbata.

–Definitivamente eres Victoria Spring, verdad. –Tendría que haber sido una pregunta, pero lo dice como si ya lo supiera desde hace mucho tiempo.

–Tori –lo corrijo, intencionalmente monótona–. Me llamo Tori.

Pone las manos en los bolsillos de su chaqueta. Me cruzo de brazos.

–¿Ya estuviste aquí antes? –pregunta.

–No.

–Interesante –dice, asintiendo.

Abro los ojos bien en grande y muevo la cabeza de lado a lado.

–¿Qué?

–¿Qué de qué?

–¿Qué es interesante? –No creo poder sonar menos interesada.

–Los dos vinimos aquí buscando lo mismo.

–¿Y eso es?

–Una respuesta.

Levanto las cejas. Me mira a través de sus lentes.

–¿No te parecen *divertidos* los misterios? ¿No te lo *preguntas*?

Es entonces cuando me doy cuenta de que no. Siento que podría marcharme y olvidarme por completo de esta basura de solitario.co.uk o este tipo molesto y gritón.

Pero como quiero que deje de ser tan condescendiente, saco rápidamente el teléfono de mi bolsillo, escribo solitario.co.uk en la barra de direcciones y abro la página.

Lo que aparece casi me hace reír, es un blog vacío. Un blog para molestar, supongo.

Qué día tan, pero tan insignificante. Levanto el teléfono frente a su cara.

–Misterio resuelto, Sherlock.

Al principio, sigue sonriendo, como si estuviera bromeando, pero pronto sus ojos bajan hacia la pantalla de mi teléfono y, con una expresión de incredulidad anonadada, me quita el teléfono de la mano.

–Es... un blog vacío... –dice, no a mí, sino a sí mismo, y entonces (y no sé cómo pasa esto) siento *mucha* lástima por él. Porque se ve tan condenadamente triste. Sacude la cabeza y me devuelve el teléfono. La verdad no sé qué hacer. Literalmente parece como si un ser querido suyo acabara de morir.

–Bueno, mmm... –Muevo los pies–. Me voy a clase.

–¡No, no, espera! –Se pone de pie de un salto y quedamos cara a cara.

Hay un silencio significativamente incómodo.

Me estudia con los ojos entrecerrados, mira la foto, luego a mí y nuevamente a la foto.

–¡Te cortaste el cabello!

Me muerdo el labio y evito hacer un comentario sarcástico.

–Sí –le respondo con sinceridad–. Sí, me corté el pelo.

–Lo tenías *muy* largo.

–Sí.

–¿Por qué te lo cortaste?

Cuando estaban terminando las vacaciones de verano, fui a hacer algunas compras sola porque necesitaba muchas cosas para la escuela y mamá y papá estaban ocupados, y quería sacármelo de encima. El problema es que me olvidé de que soy pésima para ir de compras. Mi vieja mochila estaba rota y sucia, así que decidí pasar por esos lugares bonitos: River Island, Zara, Urban Outfitters, Mango y Accessorize. Pero todas las mochilas ahí costaban como cincuenta libras y obviamente no iba a pagar eso. Entonces decidí probar otros lugares más baratos, como New Look, Primark y H&M, pero no encontré ninguna que me gustara. Terminé recorriendo todas las tiendas que vendían mochilas un millón de veces antes de tener una leve crisis nerviosa en un banco junto a un Costa Coffee en medio del centro comercial. Pensé en cuando empezara el bachillerato y todas las cosas que necesitaba hacer y todas las personas nuevas que tendría que conocer y con las que tendría que hablar, hasta que vi mi reflejo en la vidriera de Waterstones y me di cuenta de que la mayor parte de mi cara estaba tapada y quién rayos quería hablar conmigo si me veía así, entonces empecé a sentir todo ese cabello sobre mi frente y mis mejillas, cómo se aplastaba sobre mis hombros y espalda, arrastrándose sobre mi cuerpo como gusanos que me ahogarían hasta la muerte. Empecé a respirar muy rápido, así que me acerqué al salón más cercana y le pedí que me lo cortaran hasta los hombros y lo apartara de mi cara. La peluquera no quería hacerlo, pero insistí. Me gasté el dinero para la mochila en un corte de pelo.

–Quería tenerlo más corto –respondo.

Se acerca y retrocedo.

–Tú nunca dices la verdad, ¿cierto? –pregunta.

Rio una vez más. Es una expulsión de aire bastante patética, pero para mí califica como una risa.

–¿Quién eres?

Se queda congelado, se aleja un poco, extiende los brazos como si fuera la Segunda Llegada de Cristo y anuncia, con una voz profunda y fuerte:

–Me llamo Michael Holden.

Michael Holden.

–¿Y tú quién eres, Victoria Spring?

No se me ocurre nada para decir porque esa sería la única respuesta que tengo para dar. Nada. Soy un vacío. Un abismo. No soy nada.

La voz del señor Kent brota abruptamente por los altavoces. Volteo y miro hacia el parlante mientras su voz resuena por el lugar.

–*Todos los alumnos de sexto año deberán dirigirse a la sala de estudiantes para una breve asamblea.*

Cuando volteo, la habitación está vacía. Estoy pegada a la alfombra. Abro la mano y encuentro la nota de SOLITARIO.CO.UK. No sé en qué momento pasó de la mano de Michael Holden a la mía, pero ahí está.

Y supongo que eso es todo.

Probablemente así es como empieza.